



Rusia, vecino problemático

(Publicado en ABC, 28 de marzo de 2006)

Florentino Portero

En letra impresa n° 504

28 de marzo de 2006

En su lento despertar a la nueva realidad internacional Europa comienza a reconocer sin reparos su preocupación por la evolución de la política exterior rusa. Parece mentira que hace tan sólo tres años el presidente de Francia y el canciller alemán especularan abiertamente con la posibilidad de un eje Europa-Rusia-China.

En los noventa, Rusia aparecía ante nosotros como una nación enferma, sin valores de referencia, con una democracia naciente y una economía en ruinas. Una sociedad que trataba de encontrarse a sí misma, un Estado que buscaba su lugar en el nuevo concierto de las naciones. Hoy, tras años de Putin en el Kremlin, Rusia ha dado pasos atrás en su sistema de convivencia, ha avanzado en el intervencionismo económico y se ha aprove-

chado del alza de los precios de la energía para sanear su Hacienda. Rusia se siente fuerte, más segura de sí misma, actúa con decisión en política internacional y exige el tratamiento de gran potencia con quien hay que negociar antes de tomar cualquier decisión.

Rusia juega fuerte, y lo hace en un sentido antioccidental. Durante la crisis de Afganistán presionó a los países del entorno para que no concedieran facilidades militares a EE.UU. por temor a que asentará su presencia e influencia en aquellas tierras. Cuando desde Washington comenzó a promoverse la paulatina democratización del Islam, aprovechó la ocasión para denunciar el neocolonialismo y apoyar en su resistencia a los gobiernos locales, tan corruptos como incompetentes. En la guerra de Irak pasó

información a Sadam sobre los planes militares norteamericanos. Afortunadamente la inteligencia rusa no es mucho mejor que la estadounidense, la información enviada era errónea y su efecto fue positivo para la fuerza expedicionaria. En Georgia y Ucrania, dos antiguas repúblicas soviéticas, se inmiscuyó en las respectivas campañas electorales, en ambos casos a favor de dirigentes tan antidemocráticos como antioccidentales.

Los casos más recientes, los que más han impresionado a los dirigentes y a la opinión pública europea han sido tres. El primero, el uso de los gaseoductos y la

dependencia energética de varios Estados como medio de chantaje para lograr concesiones de otro tipo. El caso más conocido es el de Ucrania, pero no es el único. El segundo, el apoyo a la dictadura bielorrusa, frente a las demandas de la población y de la UE para que las elecciones fueran limpias. Una vez más Rusia aparece como garante de dictadores frente al sentir ciudadano. El tercero, el bloqueo a la propuesta diplomática europea de aprobar una resolución sobre el programa nuclear iraní, planteando la aplicación futura de sanciones. El gobierno de Putin no contempla ninguna medida práctica que desanime a los ayatolás. Rusia ya no es un enemigo, pero dista de ser un aliado.